

Eugenio Orrego al escribir este libro, ha considerado como a una sola nacionalidad a la América del Sur, por ahora, y seguramente lo hará con toda la América en el total de la obra que se propone realizar. Y, es que es un caso interesante, el de este mundo hispanoamericano. Una inmensa cantidad de tierras a través de las cuales se habla el mismo idioma y se alimentan idénticos sistemas de vida. Andrés Bello, Bolívar, O'Higgins, San Martín, son glorias de la raza española nacida en América. Representan el espíritu liberal que se revela contra la vieja y anquilosada España del absolutismo político y de la obscuridad retrógrada de la inquisición. Estos hombres son orgullo de la raza que reflorece con un matiz original en estas tierras nuevas. Son revolucionarios en este solar de América, no contra la raza, sino contra los egoístas sistemas, como lo fué Riego en España. Hombres que luchaban porque los hombres tuvieran conciencia de su libertad y de su derecho. Y también de sus obligaciones y deberes con la colectividad.

HAMBRE. (Ercilla).

En medio del tumulto bélico y del siniestro oleaje de los recores que reventaron como una pústula maligna que contenía un pozo de pútridas fermentaciones, los hombres estrechados por la crueldad y por el horror de los días que viven en Europa, sienten con apremio la necesidad de contar su drama terrible. Como cuando se siente un gran dolor físico y no es posible contener el grito que nos provoca, así estos hombres que han sentido las quemaduras de la inmensa hoguera y la falta total de piedad humana, se ven impelidos a decir de algún modo lo que sus ojos están mirando y lo que su sensibilidad experimenta en presencia de esta transmutación del hombre, convertido en fiera, y que disimula toda su ferocidad bajo la excusa hipócrita de ideales que no es creíble que existan, cuando se lanza a las naciones al exterminio.

Ayer no más nos decía un caballero francés residente en Chile—y lo recordamos al escribir unas líneas sobre este libro de Luis Le François,—que para él Europa ya no existía. Es de América de donde debemos esperarlo todo ahora, nos decía. Aquí es donde nace un nuevo concepto de lo que debe ser la civilización. Europa está perdida. Y a esta perdición la llevó su propio orgullo. Francia, el país de la inteligencia, de la medida, de la gracia y de la luz. Alemania, la tierra de los grandes músicos, de los más geniales pensadores y poetas, de los hombres de ciencia. ¿A dónde los llevó su orgullo? Italia la patria del sol, de la alegría, de las canciones apasionadas, de las industrias más florecientes. ¿En qué va a quedar ahora la loca quimera de sus fantasías de dominio?

No supimos qué contestar a las amargas palabras de este hombre de Europa. Y nos han hecho pensar en ellas las páginas de este libro en el cual Luis Le François, pseudónimo de un hombre de sensibilidad, va dejando consignados a manera de estampas de fuerte y doloroso relieve toda la tragedia de un pueblo que se desmorona, que se deshace moral y materialmente. Todo allí se desintegra. La fe en los hombres que gobiernan, en el ejército, en el alma misma de la nación. ¿Qué es lo que queda de todo eso que tardó siglos para llegar a formarse? ¿Cuál fué la felicidad que trajo una civilización que con impulso de absurda locura, abandona ahora su bienestar para perderlo todo? Para que llegue el día en que los hombres que lucharon toda una vida en universidades y laboratorios, por arrancarle sus secretos a la ciencia, se vean hoy estirando la mano, sintiendo que su entraña desgarrada los impulsa a gritar: ¡Tengo hambre!

Y mientras tanto en todos los ámbitos de Europa, el cañón sigue tronando, sigue haciendo su obra de exterminio. Se derrumban los monumentos que el arte construyó a costa de ingentes sacrificios. Y de un lado a otro se sigue gritando: ¡Le hemos inferido el más espantoso daño al enemigo! En

este libro vemos una parte de las tristes consecuencias del encono fratricida que está arruinando a la humanidad.

«Hambre» relata la espantosa odisea de un pueblo que vivía feliz y próspero, y que, ahora se sumerge en la más espantosa catástrofe.

REVISTA NACIONAL DE CULTURA. (Caracas).

Acaba de llegar hasta nosotros, la Revista Nacional de Cultura, que publica el Ministerio de Educación de Venezuela. Es el número 38 y en él se insertan numerosos trabajos de conocidas firmas de escritores americanos de gran prestigio.

Destacamos en este número «una comedia en tres momentos» de Eduardo Innes González, titulada «Una señorita de Caracas». Algunos estudios históricos firmados por Manuel Norberto Vetancourt y Julio Febres Cordero. Artículos sobre letras hispanoamericanas firmados por Rafael Clemente Arraiz y Luis Alberto Sánchez. Poesías de Roberto Montecinos, José Aníbal Maestri y Pedro Sotillo, cuyo soneto «La Amazona» es una fina estampa en que se evoca la gracia de una mujer en medio del paisaje de la sabana.

Luis Alberto Sánchez se ocupa en esta colaboración que aparece en este número de la Revista Nacional de Cultura, de la novela «Armiño Negro», de Rafael Maluenda. Su juicio muy laudatorio para esta obra, contiene además, algunas apreciaciones someras de la literatura chilena y de sus cultores más destacados. Hace notar que en esta novela de Maluenda, se describe cierto ambiente de Lima, bien conocido por el autor.